

TRAUMA

Un estudio histórico
en torno a Sigmund Freud

Luis Sanfelippo

MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦

Edición: Primera. Octubre de 2018
Lugar de edición: Buenos Aires, Argentina
ISBN: 978-84-17133-36-8

Código IBIC: JFCX [Historia de las ideas]
JMAF [Teoría psicoanalítica (psicología freudiana)]
PDR [Influencia de la ciencia y la tecnología sobre la sociedad]

Diseño gráfico general: Gerardo Miño
Armado y composición: Eduardo Rosende

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2018, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores sl

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

dirección postal: Tacuarí 540 (C1071AAL)
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
tel-fax: (54 11) 4331-1565
e-mail producción: produccion@minoydavila.com
e-mail administración: info@minoydavila.com
web: www.minoydavila.com
redes sociales: @MyDeditores, www.facebook.com/MinoyDavila

Índice

Prólogo	9
INTRODUCCIÓN	11
1. Problemas en torno al trauma.....	11
2. Abordajes previos.....	20
3. Hipótesis preliminares	26
4. Breves precisiones metodológicas	29
5. Organización interna.....	30
CAPÍTULO I: Trauma mecánico, trauma psíquico.	
Los accidentes del ferrocarril y la histeria (1866-1889)	35
1. Las vías traumáticas	38
2. ¿Daño real o simulación? John Eric Erichsen.....	40
3. El lazo buscado entre el accidente, la lesión y los síntomas.....	45
4. Cuando la lesión no alcanzaba para explicar	54
5. De la lesión anatómica al <i>shock</i> general nervioso: la perturbación <i>funcional</i>	58
6. Trauma e histeria en la Salpêtrière	66
7. La hipnosis como técnica de investigación y como modelo de pensamiento.....	70
8. El papel de las ideas.....	71
9. El trauma como categoría nosográfica.....	84
CAPÍTULO II: Trauma y memoria.	
El debate Janet-Freud (1889-1895/1913-1914)	89
1. Janet y el automatismo psicológico (1889)	93
2. Freud y la clínica de las neurosis (1886-1892).....	102

3. El debate conceptual entre Janet y Freud (1892-1894): ¿debilidad o defensa?/¿herencia o trauma?.....	117
4. El debate terapéutico entre Janet y Freud (1894-1895): <i>algo más</i> que recordar	132
5. La repetición del debate, veinte años después (1913-1914).....	147

CAPÍTULO III: De la búsqueda de la causa sexual al problema de los relatos traumáticos. En torno a las versiones de la *Neurótica* y su abandono (1896-1933) 153

1. <i>Neurótica</i> : una teoría general de las neurosis centrada en la etiología.....	161
a. Un mecanismo que no define etiología. Una terapia no causal ...	161
b. La vía fisiológica 1: las neurosis actuales	167
c. La vía fisiológica 2: el “Proyecto de Psicología para Neurólogos”..	176
d. La <i>Neurótica</i> : una teoría etiológica que explicaría la represión.....	181
2. Un trauma <i>nachträglich</i>	189
3. ¿Realidad o fantasía? Distintas maneras de interpretar esta disyunción.....	199
a. Las versiones de la décadas del '20 y del '30	200
b. Las versiones de las dos primeras décadas del siglo XX	204
c. Las versiones originales.....	208
d. Realidad y fantasía en el momento del distanciamiento con Jung. .	214

CAPÍTULO IV: Las neurosis de guerra y una nueva concepción económica del trauma (1914-1920) 219

PRIMERA PARTE. LOS debates sobre las neurosis de guerra	227
1. La naturaleza de las neurosis de guerra	227
a. ¿Daño somático?	227
b. Las críticas francesas a las posiciones organicistas: pitiatismo y simulación	229
c. Las hipótesis psicológicas en Alemania	231
d. Las neurosis de guerra en el Reino Unido	239
e. El narcisismo y la sexualidad en la etiología de las neurosis de guerra.....	244
2. ¿Síntomas causados por las condiciones objetivas de la guerra o por las particularidades subjetivas de quien los padece?	252
3. Diversidad de tratamientos de las neurosis de guerra	260

SEGUNDA PARTE. Resonancias de la guerra en la obra de Freud: hacia una nueva concepción del trauma.....	269
1. Las resonancias éticas: el análisis del electroshock.....	269
2. Las resonancias conceptuales: una concepción económica del trauma.....	272
 CAPÍTULO V: Sobre los traumas colectivos. Persistencia y transmisión de experiencias pretéritas (1913 y 1939)	285
1. Entre salvajes y neuróticos: un lazo histórico	287
2. Las marcas de la escritura de la historia.....	300
3. La historia del monoteísmo judío y el trauma.....	307
4. Las huellas de los traumas colectivos	313
 Conclusiones	317
 Bibliografía	339
1. Fuentes primarias.....	339
2. Bibliografía secundaria.....	345

A Marina, Leia y Camilo, mis amores,
por acompañarme durante este largo camino

Prólogo

Este libro es el producto final de mi investigación doctoral, sita en el cruce de mis dos mayores intereses intelectuales: el psicoanálisis y la historia. De la intersección de estos dos campos disciplinares y discursivos, surgió un texto que invita a múltiples lecturas. Constituye, en primer lugar, un estudio psicoanalítico de las concepciones y las prácticas sobre el trauma delineadas por Sigmund Freud y sus interlocutores. Al mismo tiempo, fue proyectado y escrito como una indagación estrictamente histórica sobre las transformaciones sufridas por esa noción en el período comprendido entre 1866 y 1939. Finalmente, pretende erigirse como una introducción a los problemas historiográficos y conceptuales que suscita la utilización del trauma en el terreno de la historia contemporánea. Estas múltiples dimensiones adelantan la pretensión de que el libro pueda llegar a un público amplio, compuesto por profesionales del campo de la salud mental, psicoanalistas, historiadores de las disciplinas “psi”, investigadores del pasado reciente y todos los interesados en una temática que devino central en los debates clínicos, memorísticos, historiográficos y políticos de los últimos cincuenta años.

Este trabajo nunca hubiera visto la luz de no ser por el apoyo fundamental que me brindaron Hugo Vezzetti y Alejandro Dagfal, quienes oficiaron de director de beca UBACyT y director de tesis respectivamente. Sus sugerencias, siempre pertinentes, me orientaron desde un principio y me permitieron llegar hasta el final, aun después de resignar los dos últimos años de beca para regresar al trabajo clínico hospitalario.

En segundo lugar, quiero agradecerle a Mauro Vallejo, compañero y amigo, con quien compartimos el interés por varios de estos temas y quien leyó y comentó muchos de estos capítulos. También dirijo mi reconocimiento a la lectura de Marcela Borinsky y de todos los miem-

bros del Equipo UBACyT que dirigen Vezzetti y Dagfal, cuyos aportes me permitieron mejorar sensiblemente las versiones preliminares de varios fragmentos de este libro. Y, en general, manifiesto mi gratitud con la Cátedra I de Historia de la Psicología de la UBA que, a esta altura, se ha convertido en una gran escuela formadora de investigadores y docentes de excelencia.

Por otro lado, agradezco a muchos de mis colegas y compañeros del Hospital Álvarez, con quienes comparto la práctica clínica, la reflexión crítica sobre la experiencia y el compromiso por una salud pública que contribuya a la ampliación de derechos. En especial, quisiera mencionar a Alejandro Brain y Cynthia Giordanengo, mis cómplices en el intento por generar una Sala de Internación más abierta e inclusiva; a Gabriela Greggio y Amanda Calderón, grandes compañeras en la coordinación del Equipo de Adolescencia; a los miembros del Equipo de Salud Mental y DD.HH., con quienes compartí la experiencia de atender las consecuencias subjetivas del terrorismo de Estado; y a muchos de los residentes y los concurrentes del hospital, quienes relanzan cada año la empresa de generar hospitalidad en medio de tantos desamparos, de tantas resistencias institucionales, de tantas políticas regresivas.

También hago explícito mis agradecimientos a quienes contribuyeron, de diferentes maneras, a mi formación en psicoanálisis. En especial, quisiera mencionar a Simón Kuffer, Jorge Kahanoff, Alicia Lowenstein e Isabel García.

Agradezco también el apoyo que siempre me han brindado mis padres a lo largo de esta larga carrera formativa, profesional y académica.

Por último, doy las gracias a Marina Carreiro, por compartir la vida y los sueños, y a mis dos hermosos hijos, Leia y Camilo, cuyos nacimientos han delimitado el comienzo y el final de esta investigación.

Introducción

Ocurre también que ciertos hombres, por obra de un suceso traumático que conmueve los cimientos en que hasta entonces se sustentaba su vida, caen en un estado de suspensión que les hace resignar todo interés por el presente y el futuro, y su alma queda atrapada en el pasado, ocupándose de él como petrificada.

(Freud, 1916-17a: 253)

1. Problemas en torno al trauma

En los últimos años, el término “trauma” devino una de las palabras claves de la cultura occidental. Cuando una persona o un grupo atraviesa una experiencia que parece conmover “los cimientos en los que hasta entonces se sustentaba su vida”, su utilización parece imponerse, como si se tratara de una idea prístina y autoevidente. Subjetividades que se construyen en torno a un suceso pretérito que sigue siendo actual, o pueblos que viven hoy las consecuencias presentes (demasiado presentes) de lo sufrido en el pasado; en ambos terrenos, la noción de trauma es convocada a explicar una alteración particular de la memoria y del funcionamiento anímico, convirtiéndose en una de las categorías provenientes de los discursos “psi” que más acogida ha tenido en el pensamiento contemporáneo.¹

Sin embargo, dicha noción no es clara ni unívoca, y ni siquiera tuvo su origen en territorio psicológico o psicoanalítico. Más bien, hasta mediados del siglo XIX, el término se inscribía en el dominio médico-quirúrgico (Hacking, 1995; Leys, 2000; Micale y Lerner, 2001; Young, 1995), donde se lo utilizaba para designar un *daño somático*, local o generalizado, que no era ocasionado ni por una enfermedad infecciosa ni por factores hereditarios. El trauma pertenecía a aquella zona de la patología que encontraba su causa en un *accidente*, el cual ejercía sobre

1 En esta línea, Dominick LaCapra se refiere a la cuestión del trauma de la siguiente manera: “Se trata de un problema crucial para el pensamiento moderno en general que ha adquirido una importancia sobresaliente en el pensamiento posterior a la Segunda Guerra Mundial con influencia en el presente y el futuro previsible” (2005: 7).

el organismo una acción mecánica tal que generaba una *lesión*, creando las condiciones para el surgimiento de fenómenos mórbidos. Huesos rotos, hemorragias internas o externas, órganos perforados y funciones perturbadas por el deterioro material de los tejidos constituían las lesiones que más frecuentemente quedaban englobadas –junto con el evento que las suscitó y las consecuencias posteriores– en el campo semántico de la noción. Tal significado perdura aún en ciertos sectores de la medicina; sobre todo, en los equipos de emergencias de los ámbitos hospitalarios y en la especialidad denominada “traumatología”.

Ahora bien, es claro que esta acepción ha dejado de ser la más habitual. En la actualidad, la noción de trauma remite por lo general a la idea de un *daño psíquico*, de una herida imposible de localizar en el cuerpo que, no obstante, afectaría el alma de manera duradera (es decir, no sólo durante el transcurso de la ocasión denominada traumática sino también, y fundamentalmente, después de que ésta hubiera concluido). Como si el cese de la situación no impidiera que sus efectos perduraran continuamente; o, más precisamente, como si la causa del daño se independizara del acontecimiento pasado y se convirtiera en una fuente aún presente, susceptible de generar malestar.

Este *desplazamiento* de sentido supuso también una *extensión* del uso del término. Si éste no se limitaba a los casos en donde era posible demostrar la existencia de una lesión material, entonces podía ser utilizado en referencia a otras situaciones, cuyo abanico actualmente parece desplegarse desde experiencias excepcionales (como los campos de exterminio) hasta vivencias más cotidianas o banales que generan malestar (Hacking, 1995; Leys, 2000).

Junto a este desplazamiento y a esta extensión se produjo una *inserción* de la categoría en nuevos ámbitos, pues no sólo se encuentra plenamente implantada en los dominios médico y psicopatológico, sino también en el territorio jurídico –generalmente asociada a las categorías de daño o de abuso– y, desde hace al menos treinta años, en el campo de estudios sobre memoria social e historia del pasado reciente –para referirse a los efectos colectivos de ciertas experiencias históricas como la Shoah, algunas guerras y dictaduras latinoamericanas, etcétera– (Caruth, 1995; Franco y Levin, 2007; Friedlander, 2007; LaCapra, 2005, 2008, 2009). Incluso, podría afirmarse que la noción también se ha instalado en el sentido común y en el lenguaje coloquial de buena parte de la cultura occidental, donde suele ser utilizada para legitimar pedidos de reparación o de excepción por daños supuestamente sufridos, constitu-

yendo un tipo de petición o de denuncia (no necesariamente jurídica) cada vez más extendida (Assoun, 2001; García, 2008).

Por último, quisiéramos destacar el alto grado de *institucionalización* de la noción en ciertos sectores del campo “psi”. Por ejemplo, desde la tercera versión del influyente *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM), de la *American Psychiatric Association* (APA), editada en 1980, se ha incluido una categoría nosográfica específica para dar cuenta de los efectos patológicos de un trauma: el Trastorno por Estrés Post Traumático (PTSD, por sus siglas en inglés). Por su parte, en la igualmente poderosa *American Psychological Association* existe una sección íntegramente dedicada a la investigación y difusión de esta temática: la división número 56, llamada “*Trauma Psychology*”.² En los Estados Unidos, además, hay publicaciones académicas periódicas específicamente dedicadas al tema, como *Psychological Trauma: Theory, Research, Practice and Policy*, *International Journal of Stress Management*, o *Traumatology*.

No obstante, este alto grado de institucionalización no ha podido impedir la *multiplicación de concepciones* sobre el trauma: no existe consenso sobre su definición ni un campo de problemas homogéneo al que pueda remitir esa noción. Ni siquiera es posible encontrar un acuerdo conceptual entre las obras que pretenden inscribirse dentro del legado freudiano: aun cuando sea posible indicar algunos rasgos comunes, que diferenciarían las nociones provenientes del psicoanálisis de las surgidas de otras orientaciones teóricas o terapéuticas, en sentido estricto existen múltiples concepciones psicoanalíticas del trauma.

Frente a tanta diversidad, debería resultar sorprendente que se hablase del trauma en singular. Sin embargo, hay quienes siguen refiriéndose a él como un concepto único, válido para todo tiempo y lugar. En estas aproximaciones a la temática, vinculadas muchas veces con practicantes “psi” que adhieren a alguna de las concepciones contemporáneas, la historia tan sólo permitiría ver los *errores* pretéritos y los *antecedentes* que condujeron al saber actual. Por ejemplo, en los párrafos que introducen una perspectiva histórica en el muy difundido libro *Traumatic Stress: The Effects of Overwhelming Experiences on Mind* (Van der Kolk, Mc Farlane y Weisaeth, 1996), los autores parecen concebir el trauma como un fenómeno transhistórico y universal, con una corta

2 Ver: <<http://www.apatraumadivision.org>>.

historia psiquiátrica que avanzaría sin solución de continuidad desde las postrimerías del siglo XIX hasta la actualidad.

La gente siempre ha sabido –plantean los autores– que la exposición a un terror abrumador podría conducir a problemas en la memoria, a excitación y a evitación. Esto ha sido un tema central en la literatura desde los tiempos de Homero hasta el presente. En contraste con esto, la psiquiatría como profesión ha tenido una relación problemática con la idea de que la realidad puede alterar profundamente y permanentemente la psicología y la biología de las personas. La psiquiatría misma ha sufrido periódicamente marcadas amnesias durante las cuales se olvidó el conocimiento bien establecido, y el impacto psicológico de experiencias abrumadoras se atribuyó a factores constitucionales o intrapsíquicos. (Van der Kolk, Weisaeth y Van der Hart, 1996: 47)³

El párrafo es elocuente: el trauma sería una experiencia universal y un objeto real que, a pesar de ser conocido por el sentido común, no pudo ser visto o fue olvidado muchas veces por el saber psiquiátrico. El peso atribuido a teorías constitucionales o intrapsíquicas habría impedido reconocer una verdad (considerada incuestionable) que, sin embargo, ya habría sido vislumbrada por ciertos saberes “bien establecidos” (abordados en el capítulo histórico) que funcionarían como antecedentes del conocimiento actual (que sería el objeto del libro).

A este tipo de abordaje se le podría aplicar las mismas críticas que recaen sobre la historia disciplinar tradicional: naturalizan sus objetos de estudio, justifican y celebran el presente como el momento de mayor desarrollo epistémico, creen en el progreso lineal y necesario del conocimiento, desconocen la existencia de discontinuidades inconmensurables. En ocasiones, también construyen mitos de orígenes, según los cuales una figura de prestigio habría creado una nueva disciplina o rama del saber por iniciativa propia y gracias a su genialidad, sin que interviniesen en su generación factores colectivos, sean estos epistémicos, culturales o políticos.

Intentando alejarnos de estas perspectivas, procuramos tomar el trauma como un objeto de indagación estrictamente histórico y, por

3 La traducción es nuestra, así como la de todos los textos que aparecen citados en otros idiomas en la bibliografía final (a menos que se indique expresamente lo contrario).

ende, contingente, transformable, diverso. Así, la dispersión actual no sería un mero espejismo que ocultaría la verdadera noción de trauma; sería, más bien, una de las vías que permiten iluminar la trama de problemas, de teorías, de prácticas y de usos que ese término recubre.

Por nuestra parte, si en nuestra investigación sobre el trauma hemos puesto el acento en la obra del fundador del psicoanálisis, no lo hicimos con la pretensión de consagrar sus ideas como la única verdad respecto del tema. Consideramos, más bien, que el derrotero que la categoría tuvo en la pluma de Sigmund Freud y *sus interlocutores* permite ilustrar muchos de los problemas centrales y de los debates más célebres que atravesaron sus transformaciones históricas, como por ejemplo:

- ¿Cuál es el estatuto del trauma? (¿es somático o psíquico? ¿es anatómico o fisiológico? ¿es producto de representaciones o de afectos?, etcétera).
- ¿Cuáles son los factores determinantes de una experiencia traumática? ¿Son las condiciones objetivas y/o exteriores de la situación o las particularidades subjetivas y/o internas de quien la atraviesa? ¿Son los elementos actuales o la predisposición?
- ¿Qué relación existe entre trauma y memoria?
- ¿Qué papel cumple un trauma en la etiología?
- ¿Cómo interpretar un relato sobre lo traumático? (¿realidad o fantasía?).
- ¿Cuál es la relación entre trauma y sexualidad?
- ¿Un trauma puede ser inscripto en una trama de representaciones? ¿O, más bien, circunscribe los límites de estas tramas?
- ¿Una comunidad podría verse afectada por un trauma colectivo y quedar fijada (como “petrificada”) a esa experiencia pretérita?
- ¿Es posible que un trauma se transmita e incida también sobre quienes no han vivido la experiencia traumática?

Dicho de otro modo, que este libro sobre el trauma esté enfocado en las ideas freudianas no implica que siga los lineamientos de una historia *interna*, que considera las transformaciones conceptuales como el resultado de un desarrollo (más o menos espontáneo y endógeno) de las ideas en un autor, en una obra o en una comunidad profesional. Así como el trauma parece interrogar los límites entre interior y exterior,

la historia de esta noción obliga a cuestionar las fronteras –que muchas veces se juzgan nítidas e invariables– entre diferentes discursos y entre cada campo disciplinar y su contexto. Por ende, para abordarla, creemos necesario reconstruir la *trama* de interlocutores, de saberes, de prácticas y de procesos culturales, dentro de la cual las conceptualizaciones freudianas sobre el trauma encontraron sus condiciones de posibilidad. En este sentido, procuramos inscribir nuestra investigación en el marco de una *historia intelectual* (Vezzetti, 2007), pues consideramos que las transformaciones en este terreno del pensamiento no dependen únicamente de las discusiones conceptuales sino también de los problemas clínicos y de los procedimientos técnicos y terapéuticos en los que la noción de trauma encontró asiento, así como también del impacto que ciertas experiencias sociales y culturales tuvieron en el terreno de las ideas psicopatológicas.

Por ejemplo, las distintas formas que tomó el proceso de “psicologización” del trauma (Hacking, 1995; Gauchet y Swain, 2000; Leys, 2000; Micale y Lerner, 2001), durante las últimas décadas del siglo XIX, no habrían respondido únicamente a transformaciones epistémicas dentro del saber médico, sino también a los problemas jurídicos y económicos asociados a la expansión de un adelanto tecnológico crucial: el ferrocarril. Los accidentes ocasionados por este medio de transporte revolucionario, en el mismo contexto en que empezaban a generalizarse los seguros de salud en algunos países de Europa, generaron un gran debate en torno a una clase de casos en los que no era sencillo encontrar la lesión que justificara los síntomas, pero tampoco era evidente la existencia de una simulación o de un fraude.

Luego, hacia la década de 1880, este debate médico-pericial se cruzó con otros dos campos de problemas. Por un lado, con las discusiones sobre el estatuto de la histeria. Este cuadro nosográfico difícil de delimitar no sólo planteaba enigmas clínicos y epistémicos respecto de su naturaleza última y sus mecanismos, sino que también implicaba una dimensión moral (las acusaciones de engaño, mentira y simulación) y una cuestión de género (la rápida asociación de la histeria con el sexo femenino) (Edelman, 2003; Foucault, 1973/74; Gauchet y Swain, 2000). Por otro lado, los accidentes de ferrocarril y los casos de histeria confluyeron, en el mismo período, con la historia de la hipnosis y la sugestión. Esta historia no sólo remitía al desarrollo de nuevas técnicas de investigación y terapéuticas, sino que también traía aparejados debates éticos y políticos (que alcanzaron cobertura periodística y dimensión pública)

sobre los peligros de la influencia desmesurada que unos hombres podían ejercer sobre otros (Carroy, 1991; Edelman, 2003).

Para la década de 1890, la noción de trauma no sólo había alcanzado un alto grado de psicologización, sino que también comenzaba a ser relacionada, por vez primera, con la cuestión de la *memoria* (Hacking, 1995; Leys, 2000). Tanto Janet como Freud concibieron el trauma y su terapéutica como una articulación novedosa entre distintas formas de olvidos y de recuerdos (Assoun, 1981; Dagfal, 2013; Ellemberger, 1970; Gauchet y Swain, 2000). Al hacerlo, no sólo intervenían en el ámbito acotado de la clínica de las neurosis, sino que también inscribían sus trabajos en un territorio más amplio, el de la problematización de la memoria. En el mismo momento en que la tradición, como transmisión de las enseñanzas pretéritas aun vigentes, comenzaba a perder importancia frente a un ritmo de transformaciones cada vez más acelerado (Hartog, 2003; Koselleck, 1993), se desarrollaron en Europa distintas concepciones científicas de la memoria: los abordajes clínicos sobre las amnesias neuróticas y traumáticas, los estudios neurológicos sobre la localización de distintos tipos de memoria, y las investigaciones experimentales sobre distintas funciones de la memoria (Hacking, 1995). A estos tres abordajes, habría que sumarle la tradición psiquiátrica hereditarista, que suponía la existencia de una memoria biológica cuyas huellas podían transmitirse de generación en generación.

En el siglo siguiente, varias de las transformaciones conceptuales y de las variaciones de la importancia relativa otorgada a la cuestión del trauma se vincularon con grandes acontecimientos bélicos; fundamentalmente, con las Guerras Mundiales y con la Guerra de Vietnam (Friedlander, 2007; Hermann, 1992; Leys, 2000; Ramirez Ortiz, 2007; Young, 1995). Por ejemplo, la Primera Guerra obligó a discutir, nuevamente, la naturaleza somática o psíquica del trauma, condujo a repensar el papel de la sexualidad en el trauma y en la etiología de las neurosis, y empujó a Freud hacia una concepción fundamentalmente “económica” del trauma (Leys, 2000; Ramirez Ortiz, 2007). La Segunda Guerra tuvo incidencias en esta temática en dos tiempos. Primero, poco después de su finalización, generó un debate sobre las patologías de los sobrevivientes de los campos de concentración (Bonomi, 2007). Luego, hacia la década de 1980, la inserción de la noción de trauma en el terreno de los estudios sobre la memoria colectiva coincidió con las reinterpretaciones de la Shoah como acontecimiento clave de la cultura occidental (Badiou, 2009; Franco y Levin, 2007; Friedlander, 2007; Hartog, 2003).

Finalmente, los reclamos de los veteranos de Vietnam por el reconocimiento de las secuelas psicológicas de la guerra constituyeron, probablemente, el principal impulso para que la categoría de trauma fuera reconocida oficialmente en la tercera versión del DSM (Borch Jacobsen, 1996; Hacking, 1995; Hermann, 1992; Young, 1995).

En otras palabras, si se atiende a la complejidad de saberes, prácticas e intereses que se anudan a la categoría de trauma, se comprende un poco más la decisión de abordar esta temática a partir de la historia intelectual. Hugo Vezzetti entiende esta perspectiva como “un enfoque y un dominio inclusivo que recibe algo de distintos géneros historiográficos” (2007: 161). Consideramos que distintas herramientas metodológicas historiográficas se vuelven necesarias para abordar un objeto como el trauma y ubicarlo “en una trama que inevitablemente excede los límites de la disciplina o la institución. Una historia así concebida se caracteriza por una colocación plural, dispuesta a desplazarse en la medida en que sus ‘objetos’ se configuran en construcciones que pueden ser, en principio, diferenciadas en dos esferas: sociocultural y conceptual” (2007: 162). Siguiendo la sugerencia de este autor, intentamos evitar la “reducción a la lógica del pensamiento científico”, que desconoce el contexto y sólo arma historias “internas”, pero tampoco aspiramos a realizar una historia “externa”, que se limite a la “descripción de los usos y las formas sociales” y desconozca los problemas conceptuales (*ídem*). Al mismo tiempo, procuramos someternos a una exigencia de precisión en el manejo y el análisis de los conceptos y las prácticas psicoanalíticas (precisión que suele perderse en ciertas historias del psicoanálisis elaboradas por historiadores profesionales sin formación psicoanalítica). Y, simultáneamente, intentamos no dejar de lado la distancia crítica que una investigación histórica debe tener respecto del objeto de su indagación (distancia que habitualmente falta en los relatos que, sobre la historia de una disciplina o de un discurso, realizan los *insiders*, interesados en legitimar el dominio al cual pertenecen).

Posicionados en la perspectiva abierta por la historia intelectual y haciendo uso de sus herramientas historiográficas, intentamos reconstruir los diferentes modelos, las distintas configuraciones conceptuales (teóricas y prácticas), y las variadas figuras que han sido utilizados para pensar el trauma o para orientar intervenciones sobre quienes han atravesado una experiencia traumática. Estos modelos, configuraciones y figuras fueron ubicados en distintos momentos del recorrido histórico que nos propusimos llevar adelante, que se extiende desde la década de

1860 hasta fines de los años treinta del siglo siguiente. Tal periodización refleja nuestra intención de analizar la totalidad de la obra freudiana, aunque sin reducirnos a ella. Consideramos que las concepciones del psicoanalista vienés hallaron su terreno, encontraron sus interlocutores y definieron sus rasgos particulares en relación con problemáticas más amplias (que exceden las ideas de un autor) y con la labor de algunos de sus colegas (Erichsen, Page, Oppenheim, Charcot, Janet, Jung, Jones, Abraham, Ferenczi, etcétera), de quienes Freud se nutrió o con quienes discutió. Al mismo tiempo, la periodización que proponemos no se despliega en forma lineal y continua desde mediados del siglo XIX hasta 1939. Más bien, cada capítulo circunscribió una serie de problemas diferentes, por lo que es posible hallar superposiciones temporales, recapitulaciones y desarrollos fragmentados que responden a la problemática que en cada momento se pretendía analizar.

En síntesis, bajo el título *TRAUMA. Un estudio histórico en torno a Sigmund Freud*, intentamos abordar un *campo de problemas* más amplio que lo supuestamente denotado por los dos términos principales. El “trauma” no sería un *concepto* acabado, cerrado, idéntico en todo tiempo y lugar, sino una *noción* imprecisa, abierta, que remite a múltiples objetos, problemas y usos que constituyen el genuino propósito de esta investigación.⁴ Freud tampoco sería una figura monolítica, cuyo nombre remitiría a una verdad a la que se podría retornar fácilmente, si se corrigieran las desviaciones o malentendidos en los que habrían incurrido sus diversos intérpretes. El Freud de los lacanianos no es el mismo que el de los analistas nucleados en torno a su hija o a Melanie Klein, ni el mismo que el de los *scholars* que dudan de su honestidad intelectual, ni el mismo que el de los historiadores del campo “psi”, de la cultura o del pasado reciente, ni el mismo que el de los científicos sociales. Probablemente, haya tantos Freud como lecturas se hayan realizado de sus obras y como problemas se hayan intentado abordar a partir de sus ideas, sin que sea posible ni encontrar el “verdadero” (que se escondería detrás de las “apariencias”) ni determinar a priori cuál de estas versiones sería más rigurosa. Por esta razón, para estudiar la noción de trauma trataremos de seguir a Freud en sus búsquedas, en sus ambigüedades y en sus contradicciones, y no recurriremos a él como cita de autoridad que clausure, justamente, aquellos debates que deseamos enriquecer.

4 Jacques Derrida propone algo similar respecto de la noción de *archivo* (1997: 37).

2. Abordajes previos

Elaborar una historia intelectual de la noción de trauma a partir de los trabajos de Freud y sus interlocutores implica ahondar en fuentes bibliográficas heterogéneas, que llegan a constituir diferentes corpus: la historia del psicoanálisis, la historia de la clínica y de las psicoterapias, las reflexiones historiográficas sobre el modo de hacer historia disciplinar, intelectual y cultural. A esto hay que sumarle, obviamente, las fuentes primarias de la investigación: los textos psicoanalíticos, médicos y psicopatológicos que desarrollan la problemática del trauma.

Respecto de la historia del psicoanálisis freudiano, la bibliografía es extensa y heterogénea. Por muchos años, el texto de referencia ha sido la biografía escrita por Ernest Jones (1953-1957). Dicha obra tuvo el mérito de tomar en consideración no sólo los textos incluidos en la *Standard Edition*, sino también buena parte de los manuscritos no publicados y las correspondencias. Además, la trayectoria freudiana quedó incluida en una trama de relaciones, colaboraciones y disputas con aquellos que lo acompañaron o con quienes rivalizó, instaurando la idea de que para entender mejor los desarrollos conceptuales freudianos era preciso conocer también la historia del movimiento psicoanalítico. Su texto instauró una tradición de lectura que se volvió canónica en la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA, por sus siglas en inglés), caracterizada por sostener una visión idealizada del padre del psicoanálisis y circunscribir la investigación al interior del movimiento analítico, dejando de lado los diferentes contextos (epistémicos, clínicos, culturales) donde éste pudo desarrollarse.

A partir de la década de 1960, los trabajos históricos sobre el psicoanálisis se multiplicaron y se diferenciaron de la tradición anterior. En primer lugar, porque muchos de estos trabajos abandonaron la pretensión de abordar la totalidad de la trayectoria freudiana o del psicoanálisis para centrarse en aspectos específicos de cada uno de ellos. En segundo lugar, porque varias de estas obras fueron escritas por personas ajenas a la práctica psicoanalítica. Esta situación novedosa hizo posible resaltar mejor las continuidades y las diferencias de la obra freudiana con autores anteriores o contemporáneos (Ellenberger, 1970), o abordar la relación de su pensamiento con su tiempo (Gay, 1989), o mostrar más detalladamente la conexión de sus ideas con tradiciones científicas y discursos epistémicos ajenos a los problemas estrictamente psicoana-

líticos, como la neurofisiología, la anatomía patológica, la energética o el evolucionismo (Sulloway, 1979 y 1991; Assoun, 1981; Gauchet, 1994).

No obstante, es necesario aclarar que, hasta el momento, ningún libro de historia del psicoanálisis ha centrado su investigación en las distintas nociones de trauma. En el estado del arte, es posible encontrar o bien trabajos de historia del psicoanálisis que sólo se detienen en ciertos aspectos vinculados con el tema, o bien libros sobre historia del trauma en los que el psicoanálisis ocupa un lugar más dentro de una serie de teorías que se dedican al tema.

Por ejemplo, el ya clásico libro de Kenneth Levin (1985), *Freud y su primera psicología de las neurosis*, aborda en profundidad los primeros años de la obra freudiana desde una perspectiva histórica, sin hacer del trauma el centro de su investigación. Por su parte, el psicoanalista Guy Le Gauffey incluye, en algunos de sus trabajos, ciertas referencias históricas que permiten situar la práctica psicoanalítica respecto de otras técnicas y orientaciones terapéuticas (2001), o que posibilitan entender que ciertos rasgos del pensamiento freudiano dependen de las características del discurso científico de su tiempo (1995). La conexión de esas referencias con el tema de nuestra investigación existe, pero es limitada. Por otro lado, la obra de Ramirez Ortiz, *Psicoanalistas en el frente de batalla. Las neurosis de guerra en la Primera Guerra Mundial* (2007), y el trabajo de Kurt Eissler, *Freud sur le front des névroses de guerre* (1992), constituyen unos de los pocos libros dedicados específicamente a abordar la cuestión de la participación de los psicoanalistas en la Primera Guerra Mundial. Luego, las concepciones psicoanalíticas del tiempo y de la historia, cercanas al problema del trauma, pero sin ser equivalentes, fueron estudiadas en profundidad por el historiador argentino Omar Acha (2007 y 2010).

Existe una abundante bibliografía con perspectiva historiográfica que aborda las hipótesis freudianas referidas a traumas sexuales infantiles, que suelen englobarse bajo el título “Teoría de la seducción” (Carter, 1980; Esterson, 1993 y 2001; Gelfand, 1989; Good, 1995; Israel y Schatzman, 1993; Triplett, 2004). Entre esos textos se destacan, por un lado, el libro de Masson, *El asalto a la verdad* (1984), donde se acusa a Freud de abandonar una supuesta denuncia sobre la existencia de abusos sexuales infantiles por temor a las represalias de sus colegas. Por otro lado, algunos trabajos de Borch-Jacobsen, que destacan la participación de la sugestión en la práctica freudiana de ese entonces y conjeturan la posibilidad de que los relatos de los pacientes sobre traumas

sexuales infantiles hayan sido inducidos por Freud utilizando la sugestión (Borch-Jacobsen, 1996; Borch-Jacobsen y Shamdasani, 2006). Más recientemente, varios trabajos de Mauro Vallejo (algunos escritos en colaboración con el autor del presente libro) han contribuido a complejizar estos debates, al ubicar los postulados freudianos en el marco de la búsqueda de un factor etiológico que desplazara a la herencia del lugar central que había ocupado hasta entonces, y al relativizar la oposición clásica entre fantasía y realidad, con la que habitualmente se abordaba el problema de la seducción (Vallejo, 2011 y 2012; Sanfelippo y Vallejo, 2013a y 2013b).

Los trabajos mencionados en los dos párrafos anteriores se cuentan entre aquellos que abordan, desde una perspectiva histórica, algún aspecto del psicoanálisis vinculado con el trauma. Ahora quisiéramos mencionar algunos textos historiográficos cuyo principal objeto de indagación es el trauma mismo y ya no el psicoanálisis.

Ian Hacking aborda explícitamente la cuestión del trauma psíquico en uno de los capítulos de su libro *Rewriting the Soul: Multiple Personality and the Sciences of Memory* (1995). Allí, dicha categoría queda inserta en una red de problemas clínicos (discusiones nosográficas), culturales (los efectos de la emergencia del ferrocarril) y conceptuales (el debate entre Freud, Charcot y Janet respecto de la terapia, la memoria y la verdad). Pero su análisis se reduce a momentos tempranos de la obra freudiana, dejando por fuera tanto modificaciones conceptuales posteriores como acontecimientos históricos de importancia en la historia de la noción (como la Primera Guerra Mundial).

Probablemente, uno de los libros más importantes sobre la noción que nos propusimos indagar sea *Trauma, a genealogy* (Leys, 2000). Allí, la autora se propone examinar la historia del término situándola en el cruce de saberes, prácticas y acontecimientos sociales, sin descuidar los debates conceptuales y técnicos en el interior de las doctrinas, ni las disputas por la orientación terapéutica ni la incidencia de sucesos como las guerras y el Holocausto. Ahora bien, dada su pretensión de abordar la noción en las distintas escuelas psicológicas a lo largo de más de cien años, el capítulo dedicado a Freud termina perdiendo precisión y refleja más trabajo sobre comentaristas que sobre las fuentes primarias (*ídem*: 18-40).

En el año 2001 fue editado un importante trabajo colectivo sobre la temática, que articula la noción psiquiátrica de trauma con procesos culturales acontecidos hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

Titulado *Traumatic Past. History, Psychiatry and Trauma in the Modern Age, 1870-1930*, el libro incluye varios artículos que permiten sopesar la relación de la categoría de trauma con los cambios en los medios de transporte, con la constitución de un Estado Benefactor, con la histeria y algunos problemas de género, y con la Primera Guerra Mundial (Micale y Lerner, 2001).

Por su parte, algunos de los teóricos más importantes de las concepciones neurobiológicas del PTSD han escrito varios textos históricos sobre el tema (Van der Hart y Horst, 1989; Van der Hart, Brown y Van der Kolk, 1989; Van der Kolk y Van der Hart, 1995; Van der Kolk, Mc Farlane y Weisaeth, 1996). El problema de este tipo de acercamientos suele radicar en la suposición del carácter ahistórico del objeto a indagar (en este caso, el trauma). Esta clase de trabajos suelen desarrollarse como si la única modificación que el tiempo y los hombres pudieran realizar sobre el objeto fuera la introducción de un nuevo modo de concebirlo.

También existen estudios históricos que abordan problemáticas ligadas a la clínica y a la psicopatología sin centrarse específicamente en el psicoanálisis ni en el trauma, pero que han contribuido enormemente a la presente investigación. Quisiéramos mencionar, en primer lugar, el libro de Gladys Swain y Marcel Gauchet sobre Charcot (Gauchet y Swain, 2000). Al carácter exhaustivo, original y riguroso de su trabajo con las fuentes charcotianas, se le añade un análisis minucioso de la trayectoria del clínico francés, que permite entender su incidencia en el proceso de psicologización del trauma. También el artículo de Swain, “Del tratamiento moral a las psicoterapias” (1994), constituye una importante síntesis de las principales características de las orientaciones terapéuticas de principios del siglo XX.

En segundo lugar, el libro de Nicole Edelmann sobre las transformaciones de la histeria en el siglo XIX y el de Jacqueline Carroy, sobre hipnosis y sugestión, aportan datos relevantes sobre la relación entre el género y la histeria, sobre el lugar otorgado a la sexualidad, sobre distintas figuras del trauma y sobre el papel de las técnicas de investigación en las transformaciones conceptuales (Carroy, 1991; Edelman, 2003). También los trabajos de Danziger (1984 y 1990) resultan relevantes para pensar el lugar de las prácticas de investigación en la historia del trauma. Por otro lado, un extenso artículo de Alejandro Dagfal (2013) presenta en forma clara el estado del arte de las investigaciones históricas referidas a Pierre Janet, y realiza un preciso análisis de los debates entre el autor francés y el fundador del psicoanálisis. Todos estos

trabajos iluminan aspectos importantes para poder pensar los orígenes de las conceptualizaciones psicoanalíticas.

Luego, las hipótesis de Michel Foucault (1976) sobre la existencia de un “dispositivo de sexualidad” en Occidente permiten sopesar mejor el lugar de lo sexual en las concepciones del trauma en la obra de Freud y sus contemporáneos. Además, el filósofo francés se acercó más directamente a nuestra temática al plantear la conexión entre la medicalización de la histeria, el problema de la simulación y las polémicas médicas y periciales sobre el estatuto de los síntomas de los traumatizados (Foucault, 1973/74).

Por esta vía, que conecta discusiones clínicas y judiciales, se abre otro de los grandes problemas contemporáneos vinculados al trauma: el estatuto de las víctimas de experiencias traumáticas y los reclamos e intentos de reparación, que han sido abordados por muchos autores desde distintas perspectivas (Hermann, 1992; Leys, 2000; Assoun, 2001; García, 2008).

También quisiéramos mencionar algunos de los innumerables trabajos sobre el trauma escritos por psicoanalistas. En el momento mismo en que la presente investigación estaba llegando a su fin, fue publicada en Argentina la tesis doctoral de Sandra Leticia Berta, defendida en Brasil y titulada *Escribir el trauma, de Freud a Lacan* (2014). Esta obra aporta valiosas lecturas de la temporalidad del trauma y de su inscripción psíquica. Constituye, probablemente, uno de los intentos más ambiciosos y sistemáticos de abordar las concepciones del trauma en los trabajos de ambos psicoanalistas. A diferencia de nuestra investigación, centra su mirada únicamente en el interior de las respectivas obras, excluyendo de sus objetivos el estudio de los contextos epistémicos, culturales o políticos de las ideas psicoanalíticas.

En un artículo publicado en la *Revue Française de Psychanalyse*, Françoise Brette (1988) plantea la existencia de tres teorías del trauma en la obra freudiana. La primera sería de inspiración charcotiana; la segunda, consistiría en la teoría de la seducción; la tercera, tomaría como modelo a las neurosis de guerra. La autora procura subrayar un carácter común a las tres en la persistencia de una perspectiva económica. Si bien su análisis podría resultar ordenador, su lectura simplifica transformaciones conceptuales de gran complejidad y no tiene en cuenta el contexto de debates y de autores en el que se sitúa la obra freudiana.

En un muy interesante trabajo, H. Thoma y N. Cheshire (1991) diferencian la noción freudiana de *nachträglichkeit* de la supuestamente

análoga concepción de Strachey llamada “deferred action”. El eje del artículo reside en el modo de concebir la temporalidad del trauma en ambos autores. En esta misma línea, quisiéramos mencionar también un texto de Javier Alarcón, titulado “Trauma y après-coup” (1996), y un escrito breve de Gerhard Dahl, llamado “The two time vectors of Nachträglichkeit in the development of ego organization: significance of the concept for the symbolization of nameless traumas and anxieties” (2010). Otros artículos, como los escritos por Thierry Bokanowski (2005) y Alicia Lowenstein (1996), también realizan un trabajo de distinción entre términos usualmente equiparados: el *traumatismo*, lo *traumático* y el *trauma*.

Por su parte, Paul-Laurent Assoun se refiere al tema del trauma en varios de sus libros. Además de haber planteado la relación del trauma con el cuerpo y con la angustia (Assoun, 1998 y 2003), este autor se propuso estudiar la temática a partir del sentimiento de *perjuicio* (Assoun, 2001). Los “perjudicados” se considerarían “excepcionales” por el daño recibido y, por ello, se mostrarían reacios a abandonar una posición de víctima que tendería a quedar idealizada, a pesar del padecimiento que podría acarrear. El libro presenta un enfoque original para señalar los lazos entre el trauma, la posición de víctima y las exigencias de reparación pero, a diferencia de nuestra investigación, no realiza un análisis histórico detallado de la obra de Freud.

En los trabajos recién mencionados (y en la mayor parte de los escritos de practicantes del psicoanálisis que se ocupan de la cuestión del trauma) es posible observar que en el corpus de fuentes y de bibliografía secundaria son incluidos muchos textos escritos por psicoanalistas, en los que no se presta casi ninguna atención a los trabajos de autores con otras orientaciones clínicas ni a los estudios históricos sobre psicoanálisis escritos por autores ajenos al movimiento psicoanalítico. Creemos que, de esta manera, se corre un gran riesgo: el de adherir (implícita o explícitamente) al supuesto de que las ideas sólo podrían brotar del desarrollo interno de una obra o de una comunidad profesional. Además, en muchas ocasiones los trabajos citados se preocupan por determinar y explicitar lo que consideran que es el trauma. Nuestro propósito es más bien otro: indagar las transformaciones que han sufrido las nociones de trauma en distintos momentos, transformaciones que no sólo dependerían de motivos “internos” al pensamiento freudiano, sino también de factores habitualmente considerados “externos”, que exceden el marco restringido de una obra. En otras palabras, no intentamos tanto dar res-

puesta a un problema como reconstruir una “problemática” (Danziger, 1984) en el marco de la cual los planteos de Freud no sólo encontraron interlocutores, aliados o detractores, sino también sus condiciones de enunciabilidad. Y, para ello, resulta necesario considerar el contexto (intelectual, profesional, cultural, etcétera) como un elemento indispensable para entender el proceso de construcción de una categoría.

Por último, dado que la noción de trauma no sólo fue extendida desde el terreno médico quirúrgico hacia el psicológico, sino que también fue incorporada en el dominio de la memoria social y de la historia del pasado reciente, quisiéramos señalar algunos de los trabajos que se han ocupado de analizar los problemas vinculados con la consideración de las experiencias pretéritas como “traumas colectivos”.

En primer lugar, existe una amplia bibliografía que aborda las incursiones freudianas en la psicología de las masas. En particular, nos interesa mencionar aquellos que analizaron el texto sobre *Moisés y la religión monoteísta* (Freud, 1939), único texto del fundador del psicoanálisis que se ocupa explícitamente del problema de la transmisión transgeneracional de traumas colectivos. Sin pretender ser exhaustivos en nuestra enumeración, dicho escrito fue abordado desde la historiografía (Acha, 2007; De Certeau, 1999), desde la filosofía (Derrida, 1987 y 1997), desde la crítica literaria (Blum, 1991; Assmann, 1999), desde el psicoanálisis (Le Gauffey, 1995), desde la historia del psicoanálisis (Jones, 1953-57; Gay, 1989) y desde los estudios sobre el judaísmo (Yersushalmi, 1996).

En segundo lugar, otras investigaciones se han ocupado de analizar la presencia de la noción de trauma (y del campo de problemas conexo) en el terreno específico de los estudios de historia del pasado reciente. Algunos de ellos se proponen dar cuenta de las condiciones históricas que posibilitaron el desplazamiento de la noción desde la psicología y el psicoanálisis hasta la historiografía (Ricoeur, 2008; Badiou, 2009; Acha y Vallejo, 2010; Sanfelippo, 2011a). Otros intentan indagar las posibilidades y los límites de la utilización de dichos conceptos en el campo de la historia (Vezzetti, 2002 y 2009; LaCapra, 2005, 2008 y 2009; Mudrovcic, 2005 y 2009; Franco y Levin, 2007; Sanfelippo, 2011b).

3. Hipótesis preliminares

Con el fin de ordenar y explicitar mejor algunas de las ideas vertidas en la presentación del problema, quisiéramos introducir algunas de las

orientaciones generales que hemos adoptado y algunas de las hipótesis principales que hemos puesto a prueba en nuestra investigación.

En primer lugar, como ya hemos adelantado, el trauma no sería un objeto natural, idéntico en todo tiempo y lugar, a la espera de ser descubierto. Por ende, las transformaciones que ha sufrido no deberían ser comprendidas como cambios en la interpretación del concepto o en los discursos sobre el objeto sino como variaciones en el objeto mismo (Canguilhem, 2009). El mismo término remitiría a distintos objetos en diferentes momentos, y se vincularía con problemas, usos y dominios disímiles.

En segundo lugar, si el objeto “trauma” ha cambiado a lo largo del tiempo, entonces la historia de sus variaciones no podría ser pensada como un desarrollo único y necesario (Leys, 2000: 8). Que el trauma haya modificado su sentido, haya sufrido una extensión de sus usos, se haya desplazado hacia otros dominios y problemas no respondería a una evolución natural o al despliegue de una supuesta esencia, ni encontraría su causa en la motivación o la genialidad de ciertos grandes autores. Más bien, respondería a múltiples factores heterogéneos y contingentes: obstáculos internos a la teoría y a la práctica de cada autor, trabajos de colegas, cambios epistémicos que exceden el territorio específico de la clínica de las neurosis, procesos históricos independientes de los saberes psicopatológicos (como los accidentes de ferrocarril o las guerras), etcétera. Por ende, el estudio de estas transformaciones no podría reducirse a la descripción de un recorrido lineal sino que debería implicar la reconstrucción de una trama de saberes, de prácticas y de procesos institucionales y culturales, trama que ha proporcionado los interlocutores, ha propiciado los debates y ha generado las condiciones históricas de posibilidad para la emergencia de las distintas nociones sobre el trauma.

En tercer lugar, respecto de las ideas de Freud, intentamos poner a prueba las siguientes hipótesis:

- No habría una sola concepción freudiana de trauma sino varias, cuyas diferencias suelen soslayarse por la utilización de un único término que, no obstante, es portador de sentidos y referentes muy diferentes.
- A contramano de la tesis que se desprende de ciertas lecturas que entienden al psicoanálisis como una teoría de deseos o impulsos internos que no daría cabida al trauma (Van der Kolk y Van der Hart, 1995), esta noción siempre

habría ocupado un lugar importante en el edificio conceptual freudiano y se habría vinculado con muchos de sus problemas y conceptos centrales: el inconsciente y el conflicto psíquico, la sexualidad y la etiología, las temporalidades no lineales, la repetición en transferencia, las pulsiones y lo no-ligado.⁵

- A pesar de las transformaciones que sufrió la noción, existiría un factor común entre todas las configuraciones conceptuales delineadas por Freud. El trauma nunca habría sido definido en términos absolutos, sino *relativos*. Es decir, dependería del tipo de relación establecida entre un elemento y una entidad que pretende funcionar como una totalidad organizada (y no de las características intrínsecas del elemento o de la entidad).
- Los rasgos atribuidos al trauma a partir de la experiencia clínica con los neuróticos serían aplicables a la psicología de las masas. En particular, para Freud, las huellas de los traumas pretéritos persistirían más allá de la situación que las imprimió y podrían producir efectos póstumos, sea en la vida de un individuo, sea en la vida de un pueblo, gracias a un proceso de transmisión transgeneracional.

En cuarto lugar, existirían otras recurrencias a pesar de los numerosos cambios que ha sufrido la noción. Se trata de la existencia de dos grandes tensiones en los debates por aquello que determinaría que una experiencia devenga traumática. Por un lado, la tensión objetivo/subjetivo. ¿Una experiencia sería traumática por las condiciones objetivas de la situación (supuestamente idénticas para todos los participantes)? ¿O dependería de las particularidades subjetivas de quien la atraviesa? Por otro lado, la tensión pasado/presente. ¿Una vivencia deviene traumática por sus rasgos actuales? ¿O por los antecedentes de los protagonistas? Ambos ejes pueden combinarse, pero deben ser distinguidos, pues las cuatro alternativas serían posibles. Además, de estas tensiones se derivan en ocasiones posiciones extremas, que se presentan como oposiciones excluyentes, al intentar considerar solamente uno de los dos

5 Coincidimos en este punto con la opinión de Sandra Berta, quien afirmó que “sin ser un *concepto fundamental*, el trauma no deja de ser una cuestión central para el psicoanálisis, en torno de la cual gira una extensa discusión que involucra temas cruciales tales como la causalidad, sexualidad, estructura y temporalidad” (Berta, 2014: 19; cursivas en el original).

polos posibles de cada eje (por ejemplo, afirmar que un trauma sólo dependería de las condiciones objetivas pero no de las subjetivas; que estaría determinado únicamente por los antecedentes, pero no por las características actuales de la experiencia, etcétera). A lo largo del libro, intentaremos analizar las consecuencias de tales posiciones dicotómicas y también procuraremos indagar si las concepciones freudianas han podido evitar este tipo de disyunciones exclusivas.

4. Breves precisiones metodológicas

Como hemos adelantado, nuestra investigación sobre la noción de trauma intenta inscribirse en el marco de una historia intelectual. Por ende, no procura abordar la –supuesta– “totalidad” de hechos implicados en la historia del trauma sino, más bien, ordenar el relato histórico alrededor de diferentes “problemas” (Vezzetti, 2007: 161): la aparición de concepciones psicológicas del trauma en el cruce entre los accidentes de ferrocarril y la clínica de la histeria (capítulo I), la relación –conceptual y terapéutica– entre trauma y memoria (capítulo II), la búsqueda de la causa última de las neurosis y los cruces entre realidad y fantasía en los relatos del trauma (capítulo III), los debates en torno a las neurosis de guerra y los límites de la representación (capítulo IV), la persistencia y la transmisión de los traumas colectivos (capítulo V).

Al mismo tiempo, que nuestra mirada haya partido de los trabajos de Sigmund Freud no implicó limitar la indagación a sus textos, su obra o su figura. Ni siquiera la reducimos al movimiento por él fundado, sino que intentamos reconstruir la trama de interlocutores, de saberes, de prácticas, de desarrollos institucionales y de procesos culturales que constituyeron el *campo de problemas* donde las ideas y las prácticas freudianas (así como también las distintas nociones de trauma) hallaron sus condiciones de posibilidad.

Esta historia intelectual del trauma excede el marco reducido de la enumeración y de la descripción de las “ideas” sobre el trauma, como así también las consideraciones meramente epistémicas, sin llegar por eso a descuidar esta dimensión para convertirse en una historia social o cultural. Claramente, no es una historia “de los intelectuales” o del “campo intelectual” (Bourdieu, 2008). Más bien, es una historia que se ocupa de las transformaciones conceptuales y prácticas de la noción de trauma, entendiendo que éstas dependen tanto de cuestiones epistémicas como de factores socioculturales (Vezzetti, 2007: 162).

Para abordar mejor la complejidad de esta trama apelamos a tres ejes, con la expectativa de que permitiesen ordenar mejor el material e iluminar más claramente las características de las transformaciones producidas. Estudiamos, por un lado, la incidencia de otros problemas, discursos, prácticas, instrumentos o disciplinas que llegaron a funcionar como *modelos* (en el sentido más amplio del término) para concebir distintas formas o distintos aspectos del trauma.⁶ Luego, nos ocupamos de recortar y de explicar las distintas *concepciones o configuraciones conceptuales* del trauma. Con esta categoría intentamos hacer referencia al hecho de que ninguna de las nociones de trauma constituye una entidad simple; más bien, está compuesta de al menos tres elementos. En primer lugar, un *elemento* denominado traumático (una acción mecánica, una representación, un afecto, etcétera). En segundo lugar, la *organización* que sería afectada por el primero (el organismo, el sistema nervioso, el yo, el aparato psíquico, etcétera). Por último, el *modo de relación* que se establece entre aquel elemento y esta organización. Como veremos, las variaciones en estas *configuraciones o concepciones* han dependido tanto de los desarrollos teóricos o doctrinales, como de las prácticas que fueron propuestas para mitigar los efectos de un trauma (pues los cambios en las prácticas suponen, en general, alteraciones conceptuales y viceversa). Por último, nos apoyamos en un tercer eje: el de las *figuras* del traumatizado (el accidentado, la histérica, el hipnotizado, el niño abusado, el soldado neurótico, etcétera). Consideramos que estas figuras (que constituyen el objeto de los distintos saberes y prácticas sobre el trauma) ayudan a comprender mejor las variaciones en las concepciones de trauma. Pero, además, iluminan el lugar social que se le ha dado a quienes vivieron una experiencia considerada traumática, así como también las estrategias que se han implementado para mitigar sus efectos. En síntesis, *modelos, configuraciones conceptuales y figuras* serán algunas de las herramientas de las que nos valdremos para abordar la historia de la noción de trauma.

5. Organización interna

El libro se encuentra organizado en cinco capítulos que remiten a diferentes períodos y problemas. El primer capítulo aborda el proceso

6 Algunos de estos modelos con los que nos topamos son: la anatomía patológica, las experiencias con electricidad, la técnica de la hipnosis, la hipótesis de un inconsciente cerebral, las ideas de Herbart sobre el conflicto entre representaciones, etcétera.

conocido como “psicologización” del trauma (Hacking, 1995; Gauchet y Swain, 2000; Leys, 2000; Micale y Lerner, 2001). En él intentamos justificar por qué ese proceso no podría ser considerado un desarrollo homogéneo ni un salto nítido de una concepción somática a una psicológica del trauma. Más bien, distintos autores (especialmente, Erichsen, Page, Oppenheim y Charcot) habrían introducido diferentes elementos que hoy se asocian con la idea de trauma psíquico (las sospechas de simulación, la latencia en la aparición de síntomas, el papel de emociones e ideas en su generación, la imposibilidad de eliminar los síntomas por la consciencia y la voluntad, etcétera), pero que en ese entonces seguían inscribiéndose en un terreno eminentemente médico (anatómico o fisiológico). También procuramos resaltar las sucesivas modificaciones en las fronteras entre lo orgánico y lo psicológico, así como el papel jugado por las técnicas y las prácticas forenses y clínicas en las transformaciones conceptuales.

En el segundo capítulo, intentamos explicar el origen histórico de la relación entre trauma y memoria. A pesar de que ambos términos parecen, en la actualidad, inconcebibles el uno sin el otro, recién fueron asociados en los primeros trabajos sobre neurosis de Janet y Freud. Fueron estos famosos discípulos de Charcot quienes empezaron a pensar el trauma como una experiencia patológica que dependería de un particular juego entre recuerdos y olvidos. Al mismo tiempo, en esta sección discutimos con abordajes historiográficos contemporáneos que, al recuperar la lectura de Janet, ubican a éste como el fundador de una teoría traumática de la psicopatología y a Freud como quien impidió pensar el trauma por la importancia dada a las pulsiones y a las fantasías. Sin embargo, los primeros trabajos de ambos autores permitirían observar que el médico y filósofo francés habría relativizado las situaciones traumáticas en virtud del peso otorgado a la herencia, mientras que su colega vienés habría defendido mucho más claramente el carácter accidental y contingente de la patología. Por último, el análisis de los respectivos abordajes terapéuticos nos permitió identificar las respuestas originales que cada uno pudo elaborar ante un obstáculo clínico con el que ambos se habían encontrado: para superar un trauma, no bastaba solamente con recordar.

El capítulo III está dedicado a analizar la construcción y el abandono de la teoría freudiana conocida como “seducción”. Procuramos destacar tres aspectos que no han sido tan considerados por otros autores que se ocuparon de la misma. En primer lugar, el objetivo buscado por

Freud con su *Neurótica*: establecer una teoría etiológica que desplazase las teorías hereditarias y estableciese una causa sexual específica para cada cuadro clínico. En segundo lugar, la temporalidad *nachträglich* del trauma, que se distinguiría tanto de las concepciones que establecen entre trauma y síntomas una relación lineal, causal y determinista, como de aquellas que hacen hincapié en la resignificación a posteriori, relativizando el peso de la experiencia. Por último, las diferentes versiones del abandono de la teoría, donde encontramos aun vigente el debate entre el carácter real o fantástico de los relatos sobre traumas pretéritos. A diferencia de las tesis usuales, intentamos justificar que la oposición entre realidad y fantasía se encontraría muy relativizada en muchos pasajes de la obra freudiana.

El capítulo IV está centrado en las neurosis de guerra. La Primera Guerra Mundial puso nuevamente al problema del trauma psíquico en el centro de la escena de quienes se ocupaban de la clínica de las neurosis, tras un período de quince años en los que había perdido la importancia obtenida durante las últimas décadas del siglo XIX. Este capítulo se halla dividido en dos partes. Inicialmente procuramos analizar tres grandes debates que surgieron en torno a las neurosis de guerra durante el conflicto bélico. El primero de ellos consistió en una nueva discusión sobre la naturaleza del trauma: ¿somático o psíquico? ¿enfermedad nueva o nuevas formas de las viejas patologías neuróticas? ¿sexual o no sexual? En ese marco, las hipótesis psicoanalíticas (y los psicoanalistas) habrían encontrado la posibilidad de alcanzar una mayor visibilidad y aceptación en el mundo médico. La segunda polémica remitía a la atribución del poder determinante en la generación de los síntomas o bien a las condiciones objetivas de la situación, o bien a las particularidades subjetivas de quien padece el malestar. El tercer debate giró en torno a la eficacia de las distintas terapéuticas: electroshock, aislamiento, terapias activas, hipnosis, sugestión, persuasión, catarsis, algunas versiones del psicoanálisis.

La segunda parte del capítulo limita su mirada a las resonancias éticas y conceptuales de la guerra en el pensamiento freudiano a partir de 1920. En particular, intentamos analizar su posición con respecto a las implicancias éticas de los tratamientos usados en el marco bélico y tratamos de desarrollar las características principales de una nueva concepción económica del trauma. Nuestra hipótesis es que esta concepción no sólo habría implicado un reordenamiento conceptual de algunos principios centrales de su teoría, sino que también habría introducido

un nuevo problema vinculado con los límites del campo de representaciones para tramitar las cantidades de excitación con las que se enfrenta.

El último capítulo intenta circunscribir (en las excursiones freudianas por el ámbito de la psicología de las masas) el problema de los traumas colectivos. Dicho problema aparece, fundamentalmente, en dos libros: *Tótem y tabú* (1913) y *Moisés y la religión monoteísta* (1939). En esos textos no nos encontramos con nuevas configuraciones conceptuales del trauma sino con una recapitulación y con una aplicación en el terreno colectivo de las distintas concepciones que el psicoanalista había pergeñado a partir de su práctica psicoanalítica, dado el supuesto de que las mismas leyes regirían a la psicología individual y a la psicología de los pueblos. Ciertas experiencias colectivas pertenecientes al pasado de la humanidad, a pesar de permanecer excluidas de las narraciones explícitas sobre los tiempos pretéritos, persistirían en la memoria social, insistirían en retornar compulsivamente, y contendrían elementos que se resistirían a ser ligados a las tramas de representaciones compartidas. En particular, Freud conjeturó la existencia y la permanencia de dos traumas: por un lado, el asesinato del violento jefe de la horda primordial en manos de sus hijos, que habría conducido a la organización clánica y al pasaje de la naturaleza a la cultura; por otro lado, la repetición de aquél crimen en el asesinato de Moisés, fundador del pueblo judío, que habría intentado imponer una religión monoteísta de origen egipcio. La conservación de estos traumas supuestamente vividos por nuestro antecesores introducía otra cuestión relevante: la transmisión transgeneracional de las experiencias pretéritas, que terminarían afectando a quienes no participaron directamente de la experiencia.

Puede apreciarse que el ordenamiento de los capítulos no responde estrictamente a un criterio cronológico sino a la consideración de ciertos problemas claves: la tensión entre el acontecimiento como hecho objetivo y su representación subjetiva; la relación entre trauma y memoria; la cuestión de la causa; el carácter problemático de los relatos (o testimonios) de experiencias traumáticas pretéritas; el problema de la sexualidad; el vínculo entre el trauma y la guerra; los límites de las tramas de representaciones; el trauma colectivo y su transmisión.

Consideramos que estos problemas no sólo son centrales en el terreno psicopatológico y clínico, sino que también tienen relevancia en los debates sobre el trauma en el campo de la memoria colectiva y la historia del presente. Como señalan algunos de los historiadores europeos más reconocidos, vivimos en una época caracterizada por una

“gran ola de la memoria” (Hartog, 2003: 16), por una “obsesión” por la memoria (Traverso, 2007: 69), por una “empresa conmemorativa proliferante y multiforme” (Revel, 2005: 271). Extendiendo al ámbito colectivo el epígrafe que da comienzo al libro, podríamos decir que también algunos pueblos parecen haber quedado “atrapados en el pasado” y haber “resignado todo interés por el presente y el futuro” luego de haber atravesado “un suceso traumático que conmovió los cimientos en que hasta entonces se sustentaba su vida” (Freud, 1916-17a: 253). Abordar históricamente estos problemas sin reducirlos al dominio estricto de la clínica es nuestro modo de ser explícitamente consecuentes con el contexto de producción de nuestro trabajo,⁷ y de tender puentes entre el psicoanálisis, la historia del psicoanálisis y la historia del pasado reciente.

7 Algo que la “operación historiográfica” tradicional intenta evitar, aunque, como plantea De Certeau (de quien tomamos el sintagma recién citado), no existen artificios técnicos que sean totalmente “capaces de borrar la *particularidad* del lugar desde donde hablo y del ámbito donde prosigo mi investigación” (De Certeau, 1999: 67; cursivas en el original).

Capítulo I

Trauma mecánico, trauma psíquico

Los accidentes de ferrocarril y la histeria (1866-1889)

El propósito del presente capítulo consiste en trazar algunos recorridos históricos que permitan dar cuenta de los *procesos de psicologización* del trauma que tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo XIX. El uso del plural es aquí absolutamente imprescindible, pues no ha existido un desarrollo único, natural o esperable, desde la antigua noción quirúrgica de trauma hasta la moderna concepción psicológica. Ocurrieron, más bien, procesos múltiples (los accidentes ferroviarios y laborales, los seguros y pensiones por daño o invalidez, el debate sobre la histeria) que, en diferentes ámbitos (la pericia médica, la experimentación con hipnosis) y en distintas geografías intelectuales (Inglaterra, Alemania y Francia), condujeron a concepciones disímiles sobre la naturaleza del trauma, pero que tenían en común la inclusión de algunos rasgos que se distinguían de los atribuidos al trauma mecánico y que sólo a posteriori serían definidos como atributos “psicológicos” plenamente independientes de los “orgánicos” (la latencia temporal entre el acontecimiento y la aparición de los síntomas, las diferencias semiológicas con las patologías claramente orgánicas, la participación de representaciones o de afectos en el proceso patogénico, etcétera).

Al mismo tiempo, la misma noción de *psicologización*, a la que apelan numerosos historiadores (Hacking, 1995; Gauchet y Swain, 2000; Leys, 2000; Micale y Lerner, 2001), resulta compleja y debería ser problematizada. El pasaje de una noción completamente somática y mecánica del trauma a distintas versiones que incluyeron elementos psíquicos no puede ser visto como un salto brusco o una transformación global de un sentido al otro ni tampoco como el fruto del surgimiento de una nueva disciplina psicológica que sería plenamente autónoma de la medicina. Es cierto que en el ocaso del siglo XIX fue posible observar concepcio-

Vista parcial del contenido del libro.

Para obtener el libro completo en formato electrónico puede adquirirlo en:

www.amazon.com
www.bibliotechnia.com
www.interebook.com
www.e-libro.net

MIÑO y DÁVILA
♦ E D I T O R E S ♦